

solo á explotar el monopolio del tabaco, no tocó á las libertades de los colonos, los cuales se mostraron en cambio súbditos leales sin renunciar por esto á ninguno de los derechos adquiridos.

Las leyes de Virginia eran, al uso de aquella época, duras, pero en su aplicación prevalecía un espíritu de tolerancia notable; los puritanos que se habían presentado no fueron molestados, hasta que se prohibió en 1643 todo sermón, todo culto público y todo establecimiento de enseñanza no dirigido por la Iglesia anglicana ortodoxa. La colonia disfrutó de paz; su comercio fué en aumento y con él el número de sus habitantes, que en el año 1648 llegó á veinte mil y á treinta y uno el de los buques ingleses y holandeses que entraron en los puertos de Virginia.

Apenas se sintió en la colonia un lejano soplo de la tempestad revolucionaria que había estallado en Inglaterra y había costado la cabeza á Carlos I. Los realistas que huyeron de Inglaterra y fueron á Virginia encontraron allí acogida hospitalaria; Cromwell y su gobierno enviaron un buque de guerra á la colonia, pero allí nadie se movió ni hizo resistencia; todos aceptaron la nueva ley de navegación y el resultado de esta conducta fué un arreglo con el gobierno de la metrópoli por el cual se estipuló que el pueblo de Virginia gozaría de las mismas libertades que los ingleses en la madre patria; que tendría sus asambleas ó parlamentos; que nadie sería castigado por sus sentimientos realistas, y que su comercio sería tan libre como el de los ingleses. Así continuó todo como antes hasta la restauración.

En el año 1662 el gobierno inglés creó un consejo de treinta y dos miembros para la dirección de las colonias ultramarinas. Este consejo ó comisión permanente excitó con su vigilancia, tutela y cercenamiento de libertad mucho rencor en la Nueva Inglaterra; pero no hubo grandes cambios en la Virginia, porque si bien el consejo anuló muchas resoluciones tomadas allí en tiempo de Cromwell, fueron luego confirmadas de nuevo.

En 1665 el gobernador Berkeley calculó la población de Virginia en cuarenta mil almas.

El primer parlamento inglés del reinado de Carlos II aumentó el descontento que la ingerencia del consejo y otros sucesos habían causado en las colonias americanas. Aquel parlamento aumentó el rigor de las disposiciones prohibitivas, como la de exportar los productos coloniales en buques que no fueran ingleses, y á ellas añadió estas otras dos:

1.^a «Para establecerse en las colonias como comerciante (exportador) ó factor de comercio era menester una autorización especial.

2.^a «Los productos de exportación de las colonias (que se enumeraban en este artículo) solo podían ser exportados á puertos ingleses, tanto de la Inglaterra propiamente dicha como de las posesiones inglesas.»

A estas disposiciones se agregó mas adelante la prohibición de recibir las colonias mercancías en otros buques que no fueran ingleses, y en 1672 se promulgó la ley prescribiendo que el comercio intercolonial pagara los mismos derechos que devengaban las mercancías entre la madre patria y las colonias. Estas limitaciones se eludían siempre que se podía, lo cual dió lugar á un activo comercio de contrabando; pero no por esto dejó de salir la Virginia muy perjudicada, tanto mas cuanto que tenía que luchar ya con la creciente competencia de la Carolina y de Maryland, cuyos colonos se dedicaron también al cultivo del tabaco, produciendo la consiguiente baja de precios. Otros perjuicios causó la guerra entre Inglaterra y Holanda, sin contar que tres buques de esta última nación subieron por el río James y quemaron un buque de guerra inglés, destacado allí para

proteger los buques mercantes de su nación. Los holandeses en aquel año incendiaron siete y se llevaron trece buques ingleses, repitiendo seis años despues la sorpresa, en la cual destruyeron once buques mercantes. Para mayor desgracia, en el año 1667 devastó el país un huracán que destruyó, segun cuentan, diez mil casas, en cuyo número se incluyen probablemente toda clase de edificios como chozas y establos. El carácter y la conducta del gobernador Berkeley contribuyeron á aumentar el descontento general, porque la parcialidad, el soborno y la prevaricación eran ya entonces, como lo son todavía hoy, el gran defecto de la administración colonial. Berkeley mantenía relaciones muy amistosas con los indios, porque por medio de sus amigos hacia un gran comercio de pieles, especialmente de castor, que compraba á aquellos. Esto no pudo impedir una guerra entre los indios y los colonos, en la cual los últimos se condujeron tan villanamente que mataron á parlamentarios é indios amigos. Esta guerra dió lugar á otra interior dirigida contra el gobernador Berkeley y su partido por un tal Bacon. Berkeley tuvo que huir, pero en la pelea fué incendiada la ciudad, ó mejor dicho, la aldea de Jamestown con honores de ciudad. La muerte de Bacon hizo disolver su partido y el gobernador Berkeley pudo regresar y empuñar de nuevo las riendas del gobierno.

A esta rebelión había contribuido mucho una gran injusticia del rey Carlos II, el cual para recompensar, entre otros cortesanos ultra-legitimistas que le rodeaban, á los lores Arlington y Culpepper, les regaló toda la Virginia por un período de treinta y un años, sin curarse de los sagrados derechos de los colonos. Gracias á la resistencia pasiva de estos, no llegaron los dos nobles á enseñorearse del territorio, pero lograron, á manera de rescate, una suma anual líquida, que aumentaron con un impuesto especial sobre el tabaco.

Berkeley, apenas se vió otra vez dueño de la situación, vengóse entregando al verdugo tanta gente del partido contrario que el rey Carlos II dijo, segun cuentan: «Este viejo loco ha destruido mas vidas en aquel país despoblado que yo en Inglaterra por la muerte de mi padre.» No cesó el tirano en su saña feroz hasta que la nueva asamblea de la colonia le suplicó que no derramara mas sangre. El gobierno inglés envió tres comisarios con quinientos individuos de tropa á la Virginia para restablecer la tranquilidad y hacer una información sobre los sucesos; Berkeley tuvo que pasar á Inglaterra para dar cuenta de su conducta, pero murió al cabo de poco tiempo. La manutención de la tropa, que corrió á cargo de los colonos, fué un nuevo motivo de descontento, mientras los sucesores inmediatos de Berkeley, que fueron primero Chicheley y despues Culpepper, no supieron granjearse las simpatías de los colonos. Culpepper renunció á favor de la colonia su parte de derechos á la Virginia en cambio de una renta anual de quince mil pesetas durante veinte años. A este sucedió en el gobierno lord Howard, y á este Francisco Nicholson, que reorganizó la administración.

En 1696 se dió la capitalidad de la Virginia á una población recién fundada y llamada, en honor del nuevo rey Guillermo III, Williamsburg, pero quedó tan insignificante como Jamestown, la capital primera, y no mejoró su aspecto con la universidad de Virginia, que se inauguró en el año 1700 con toda solemnidad, porque treinta años despues pudo escribir todavía un estudiante de aquella universidad: «Aquí tenemos una universidad sin iglesia y sin estatutos, una biblioteca sin libros y un rector sin sueldo.» Por esto preferían los colonos acomodados enviar á sus hijos al extranjero para hacer allí sus estudios.

Maryland

Guillermo Clayborne, hombre enérgico y de carácter dominante, se trasladó de Inglaterra á Virginia en el año 1621, y habiendo sido nombrado miembro del consejo de la colonia, emprendió varios viajes al golfo de Chesapeake y al interior de las comarcas ribereñas, para continuar los trabajos de exploración del capitán Smith y entablar de paso relaciones de comercio con los indios. Logró despues formar una sociedad mercantil en Inglaterra para este objeto, y obtuvo en 1631 una patente real que le autorizaba á comerciar con los habitantes de aquel país, los cuales vendían como producto principal las pieles de los animales que cazaban en cambio de otros productos ingleses. Este tráfico dió lugar al establecimiento de varias factorías, en la tercera década del siglo XVII, en las riberas del citado golfo, tanto en la isla de Kent como en la embocadura del río Susquehanna.

Inmediatamente despues cedió el rey á título de propiedad perpetua todo el territorio que comprendía el del actual estado de Maryland, y aun mas allá de sus límites, á Jorge Calvert, lord Baltimore, que había hecho ya una tentativa infructuosa para fundar una colonia inglesa en la parte meridional de Terranova. Hizosele esta concesión bajo la condición de que el territorio citado se llamara Maryland (tierra de María), en honor de la esposa del rey Carlos I. Calvert, en 1624, reinando todavía el rey Jacobo I, había abjurado la religión protestante é ingresado en la Iglesia católica, lo cual mas favoreció que perjudicó su influencia en la corte de aquel rey y de su sucesor. Sus contemporáneos elogian su instrucción, su rectitud y sus sentimientos humanos. Cuando la opinión pública en Inglaterra se fué marcando contra los católicos, ó sean los papistas, concibió lord Baltimore la idea de fundar allende el Océano, en América, un asilo para todos los perseguidos por sus creencias religiosas, y donde todos los cristianos de cualquiera secta pudiesen vivir tranquilos y libres. Con este objeto obtuvo de su monarca la concesión del Maryland en 1631, pero antes de pasar á sus nuevos dominios alcanzó la muerte en 1632.

Su hijo Cecilio, que le heredó, empleó una gran parte de la hacienda de su padre en la realización de los planes de este, y partió, en noviembre del año 1633, con 200 emigrantes para sus dominios de ultramar. En febrero del año siguiente llegó por la vía antigua de las Antillas á la Virginia, cuyo gobernador Harvey le recibió, por orden expresa del rey, con mucha amabilidad, y en 27 de marzo del mismo año fundó la primera colonia á orillas del río Saint Mary, á pesar de todas las protestas y oposición de Virginia, que reclamaba como suyo el territorio de Maryland, en algunos de cuyos puntos se habían establecido emigrantes de Virginia. El buen tacto del nuevo lord Baltimore obtuvo de los indios que renunciaran á todos sus derechos sobre el territorio y que se establecieran con ellos relaciones amistosas. La nueva colonia prosperó rápidamente sin tener que sufrir como las que la habían precedido los tormentos del hambre ni de la intolerancia religiosa, que prevaleció en todo aquel siglo en las demás colonias. El Maryland fué un asilo para todas las confesiones cristianas y habría sido un modelo de paz y de prosperidad á no ser por los ataques armados con que el primer concesionario, Clayborne, trató de sostener su derecho sobre el territorio. En 1635 ocurrió un encuentro sangriento, el primero entre hijos de Inglaterra en América, en el cual fueron vencidos Clayborne y los suyos; pero no por esto renunció aquel á sus pretensiones y turbó la paz repetidas veces, ya excitando á los indigenas contra la nueva colonia, ya sublevando á los mismos colonos. La conducta conciliadora del gobierno colonial impidió que tuvieran consecuencias serias estas inten-

tonas. También hubo disensiones entre los colonos y el propietario del territorio ó sus representantes, pero no impidieron la marcha ni el desarrollo material y político de la colonia, cuyos ciudadanos prosperaban y fueron tan libres é independientes hasta la restauración de los Estuardos en el trono de Inglaterra, como los de Virginia, á pesar del origen aristocrático-feudal del Maryland, que en 1660 contaba ya unos 12,000 habitantes.

Nueva Inglaterra

Por el año 1610, poco mas ó menos, estaba reducido el elemento europeo en la América septentrional, como hemos visto, á una partida de ingleses, faltos de viveres, á orillas del río James en Virginia; fuera de estos desgraciados, vegetaban miserablemente en la embocadura del río Hudson unos pocos holandeses, y entre las nieves de la glacial Acadia (llamada hoy, desde 1710, Nueva Escocia) algunos desgraciados



Gran sello de Maryland

franceses. Consolidóse despues la colonización de Virginia por el año 1612, y á fines del año 1620 llegaron y se establecieron los primeros emigrantes puritanos ingleses en la Nueva Inglaterra, nombre que había dado al país el capitán Smith, que tan acertadamente supo gobernar la primera colonia de Jamestown, en la Virginia, y que exploró los ríos y territorios vecinos.

Para apreciar las dificultades que hubo que vencer hasta llegar á la formación de la gran república federal, y para comprender el profundo cisma político entre los Estados del Norte y los del Sur, que amenazó destruir la Unión norteamericana, conviene fijarse desde luego especialmente en el carácter diferente que tuvieron desde un principio los elementos colonizadores de los diversos territorios que mas adelante formaron los Estados que hoy componen la gran república. De lo que hemos expuesto hasta aquí resulta que los colonos de la Virginia fueron aventureros y pobres que huían de la miseria que les perseguía en su patria, cuya población había tomado un gran incremento sin que el país estuviese preparado para proveer á sus necesidades. El Maryland, en cambio, se pobló con ingleses llevados allí por un aristócrata ilustrado y humano, que se consideraba y era considerado por sus colonos como propietario y dueño de todo aquel vasto territorio, en virtud de una concesión en toda regla de su soberano. A estos elementos se agregaron despues algunos otros procedentes de la Virginia, sometidos también por patente real á la autoridad de Clayborne. Ahora veremos que la Nueva Inglaterra se pobló despues de la Virginia y once años antes que el Maryland con familias tan formales como enérgicas, que habían huido de Inglaterra para no verse molestadas en la práctica de su religión puritana.

Esta secta puritana se había hecho notar ya en Inglaterra á mediados del siglo XVII por la moralidad severísima y la inflexibilidad heroica de sus adeptos, los cuales por el año 1582 se separaron abiertamente de la Iglesia oficial, la anglicana, y formaron una secta aparte que no reconocía mas autoridad eclesiástica que la Biblia y se proponía restablecer la sencillez primitiva de la religión de Cristo. A este efecto fundaron comunidades en Inglaterra y Escocia, cuya organización interior era democrática hasta lo sumo.

Apenas hubo pasado á mejor vida (en 1603) la gran reina Isabel, el alto clero anglicano empezó á manifestar sus tendencias de absolutismo y de intolerancia. El gran consejo (*high commission*) creado en 1584 para servir de vanguardia contra los trabajos de los partidarios de Roma, extendió su acción sañuda á todos los disidentes de la Iglesia oficial. Las reuniones de los disidentes, llamados entonces separatistas, entre los cuales estaban comprendidos también los puritanos, fueron disueltas en todas partes y perseguidos los que á ellas asistían. Estos se reunieron entonces en secreto y concibieron la idea de buscar un país donde pudiesen profesar su religión sin verse molestados, cosa difícil por estar prohibida la emigración, sin licencia expresa del gobierno, por un decreto de la reina Isabel. Para eludir la ley se trasladaron en pequeños grupos á la costa; allí se embarcaron para Holanda, donde había libertad de cultos, y en Amsterdam uno de sus predicadores mas notables, Juan Robinson, fundó una pequeña comunidad compuesta casi en totalidad de artesanos y labradores, que siendo extranjeros ganaban escasamente su subsistencia con su trabajo. Formóse poco á poco otra comunidad en Leiden y nuevos adeptos fueron llegando de Inglaterra, aunque no les gustaba mucho el país ni el genio de sus habitantes, los cuales, á pesar de su carácter flemático, eran vividores á su manera y sus costumbres nada tenían de puritanas. Los expatriados veían con dolor que sus hijos se contagiaban del mal ejemplo, y antes de sucumbir del todo á la influencia del país, dirigieron sus miradas á otras comarcas, primero á la Guyana, á donde condujo Walter Raleigh una expedición que dió mal resultado y fué causa de que se ejecutara la sentencia de muerte pronunciada contra él quince años antes. No siendo posible establecerse en aquella parte de América, enviaron los puritanos á dos de ellos, Roberto Cushman y Juan Carver, para adquirir terreno de la Compañía colonizadora de la Virginia, nombre que se aplicaba entonces á casi toda la costa oriental de la América del Norte. Estas negociaciones duraron un par de años, hasta que finalmente pudo embarcarse el primer grupo de puritanos para su nueva patria en el año 1620, con el dinero que un comerciante de Londres, Tomás Weston, les adelantó bajo condiciones algo duras. De los dos buques que fletaron, resultó uno inútil para la travesía y hubo de regresar con sus pasajeros á Holanda, y el otro llegó á la costa norteamericana en el mes de noviembre, despues de una travesía muy larga. Hasta el 16 de diciembre no encontraron los emigrantes un sitio conveniente para desembarcar. El punto elegido fué llamado Nueva Plymouth, como recuerdo de gratitud por la buena recepción que habían hecho á los emigrantes los habitantes de la ciudad inglesa de este nombre, cuando aquellos se vieron obligados á recalar en aquel puerto á causa de las averías de sus buques. Antes de desembarcar firmaron los emigrantes un pacto solemne por el cual todos se obligaron á respetar y cumplir las disposiciones y leyes justas y prudentes que conviniera adoptar para el bien comun; al propio tiempo nombraron gobernador suyo por un año á Juan Carver, y un lugarteniente ó suplente para cuando fuera menester. Hecho esto, desembarcaron en número de 101 en aquella costa inhospitalaria y en la estación

mas cruel; pero su ardor religioso, su paciencia, perseverancia, energía, sobriedad y pureza de costumbres les hicieron vencer todos los obstáculos y resistir á todas las penalidades.

El puritanismo ha hecho cosas grandes en América, donde ha creado un pueblo de patriotas inflexibles, amantes de la libertad y del trabajo, como lo reclamaban aquel país ingrato y su clima áspero; pero no ha producido gente amable ni simpática, como tampoco lo eran los primeros adeptos que se establecieron en Nueva Plymouth. Estos puritanos prohibieron todo lo que hace amable la vida. Trabajar, casarse para tener un hogar propio é hijos, ganar dinero y entregarse á las prácticas religiosas cuya base era la Biblia, fueron los principios fundamentales de las colonias de la Nueva Inglaterra, principios que, unidos á la fiera intolerancia religiosa de aquellos hombres, víctimas ellos mismos de la intolerancia anglicana, fueron la palanca del rápido é imponente desarrollo de su comunidad en América, desde que allí se establecieron en condiciones tan modestas. «No eran grandes genios como muchos piensan, dice el literato norteamericano Russell Lowell, ni adelantaban á su época, porque nadie la puede adelantar, pero estaban á su altura y pensaban con arreglo á ella.»

El primer invierno fué excepcionalmente benigno para aquel clima, y además la tribu india que había habitado el territorio había quedado casi exterminada, víctima de una epidemia; de suerte que los colonos no tuvieron que sufrir ataques durante algun tiempo. No por esto dejaron de verse al borde de la desesperación, porque en los primeros cinco meses fallecieron mas de la mitad, incluso Carver, su gobernador. Encargóse entonces del gobierno Guillermo Bradford y de la defensa militar un tal Miles Standish, hombre de poca estatura, pero valiente y arrojado. Llegaron dias en que entre todos los colonos solo se contaban siete personas que disfrutaran de salud completa, como había sucedido también en Virginia; pero no por eso se desanimaron los colonos de Nueva Plymouth. Las auras primaverales devolvieron á muchos la salud, y cuantos pudieron trabajaron en roturar tierras y construir chozas permanentes, mejor abrigadas y mas calientes, para resistir los rigores de aquel clima. Llegó el otoño y con él un buque con 35 colonos de la misma comunión, conducidos por Cushman, que llevó también una patente librada por el consejo de la compañía de Nueva Inglaterra en Londres á favor de la colonia. Cushman se reembarcó con un cargamento de pieles, sasafrás y madera, cuyo valor se calculó en 12,500 pesetas; pero el buque fué apresado por los franceses al entrar en el canal de la Mancha y la mayor parte del cargamento se perdió. Durante el segundo invierno, de 1621 á 1622, estuvieron los emigrados á media ración porque no habían podido cosechar mas grano; al llegar la primavera fueron presa del hambre, y habrían sucumbido á no haberles salvado varios indios pescadores á orillas del Maine, á quienes un tal Winslow, despues gobernador, logró comover, obteniendo para aquellos desgraciados un poco de maíz, pescado y mariscos, que fueron su único alimento hasta el verano. Volvieron á trabajar tan pronto como la estación y sus fuerzas lo permitieron, y en aquel año de 1622 construyeron una casa fuerte que les sirvió de lugar de reunión y de casa consistorial. En el mes de julio llegaron sesenta braceros enviados por el comerciante Weston, que había adelantado los primeros fondos; pero aquella gente no trabajó y solo consumió provisiones, siendo una plaga para los demás.

En otoño del mismo año los recién llegados fueron expulsados y formaron una nueva colonia entre ellos á orillas del golfo de Massachusetts; despues la miseria les obligó á abandonar aquellos parajes, y finalmente se dispersaron.

Otras dos colonias, llamadas Mariana y Laconia, fundadas la una por un tal Gorges y la otra por un tal Mason, con patente, arrastraron una vida lánguida y quedaron reducidas á pesquerías. Era muy fácil obtener del rey concesiones de territorios en aquella parte del mundo, y así la obtuvo también el poeta cortesano Alexander, que luego fué conde de Stirling, y á quien se le otorgó la Nueva Escocia hasta el río San Lorenzo, donde se habían establecido ya franceses; pero el concesionario se contentó con vender, debidamente autorizado para ello, 150 títulos de otras tantas baronías en que había dividido teóricamente su vasto territorio, del cual por lo demás no se cuidó nunca, ni sus verdaderos propietarios, los indios, tampoco le habrían dejado disponer de él.

El rey pudo por lo mismo ser generoso concediendo terrenos y títulos relacionados con ellos que ninguna carga le imponían ni á él ni á la nación; así fué que nombró lugarteniente suyo en la Nueva Inglaterra al hijo del colonizador Gorges, y almirante de la marina imaginaria del mismo país á un tal West. Ambos favorecidos pasaron un año en aquel país con un eclesiástico anglicano llamado Morrell, nombrado por el arzobispo de Kent comisario de la Iglesia oficial. Los pobres y rígidos puritanos, que apenas tenían que comer, aguantaron, con gran disgusto suyo, estos altos dignatarios puramente titulares, porque cuando en agosto de aquel año de 1623 llegaron 60 colonos nuevos, no pudieron ofrecerles pan, sino solamente pescado y langostas. Gracias á un folleto titulado: *Buenas noticias de la Nueva Inglaterra*, que hizo imprimir en Inglaterra Winslow, consiguió este reunir 45,000 pesetas para los colonos, á los cuales llevó en 1624, entre otros recursos, el primer ganado vacuno. Con Winslow fueron nuevos colonos, y entre ellos un eclesiástico predicador de la Iglesia anglicana; pero como este no quiso conformarse con la vida y fe de los puritanos, le expulsaron de la colonia, así como á dos partidarios suyos. El sacerdote y sus adeptos se establecieron en el punto donde hoy está la ciudad de Boston.

En Nueva Plymouth no cesaron la escasez y la miseria mientras los colonos trabajaron para el comun, pero tan pronto como hubieron abandonado este sistema comunista y dado á cada colono un terreno en propiedad, comenzó á prosperar la población y á abundar el trigo. Sin embargo, la colonia, á los cuatro años de su fundación, no contaba mas de 32 casas con un total de 184 habitantes. La sociedad de Londres, que era la propietaria del terreno, no quiso aprontar mas recursos y pidió el reembolso de lo que había gastado, á saber, 185,000 pesetas, y hasta el pago del 45 por ciento de interés anual; pero en 1627 se hizo un arreglo según el cual la compañía renunció á todas sus reclamaciones en cambio de un pago único de 45,000 pesetas, que garantizaron ocho de los principales colonos. Entretanto cesó por lo pronto la inmigración de nuevos colonos, y los puritanos que habían quedado en Holanda, privados de su pastor Robinson, que murió sin haber visto la tierra de promisión de su grey, tardaron muchos años en poder reunirse con sus hermanos de América. Estos habían establecido algunas pesquerías y entrado en relaciones con los colonos holandeses de las riberas del Hudson. Uno de los colonos establecidos á orillas del mar fué enviado á Inglaterra á expensas del comun, porque «corrompía al pueblo,» es decir, que había establecido una mesa en que vendía vino y cerveza.

En el año 1630 no llegaban los colonos de Nueva Plymouth á 300 almas todavía, y como no pudieron recabar del rey de Inglaterra la constitución que solicitaban, se gobernaron durante diez y ocho años entre sí como gente no reconocida por la ley.

Siguieron, pues, eligiendo de entre ellos uno con atribu-

ciones de gobernador, cargo que duraba un año y que tenía dos votos en la asamblea; pero tan pocos atractivos tenían este y los demás cargos públicos, que fué menester declararlos obligatorios, á lo menos durante el año. A falta de predicadores asalariados, los colonos de mas edad se encargaron de dirigir las reuniones dominicales de su culto durante los primeros ocho años; al cabo de cuyo tiempo, es decir, en el de 1628 recibió la colonización de la Nueva Inglaterra un nuevo impulso que aprovechó también de rechazo á la colonia primitiva de Nueva Plymouth.

En el citado año la compañía propietaria de la Nueva Inglaterra hizo una concesión de territorio en la bahía de Massachusetts á un tal Endicott, el cual fundó con cien socios una colonia en el punto donde está todavía la ciudad de Salem. Esta colonia fué reconocida como tal en 1630, despues de mucho negociar, por el rey Carlos I, el cual le dió la correspondiente patente y constitución, debiendo ser regida por un gobernador y un consejo de 18 miembros elegidos cada año por el pueblo, sin otra limitación que la de no tomar disposiciones, hacer leyes y publicar ordenanzas contrarias á las leyes de Inglaterra.

En junio del mismo año 1628 se engrosó la nueva colonia con 200 emigrantes, que llevaron un predicador y luego construyeron su iglesia. Dos hermanos que no querían separarse de la Iglesia anglicana oficial fueron expulsados inmediatamente. También tuvo que pasar esta colonia por duras pruebas. En el primer invierno sucumbieron 80 colonos, entre ellos el predicador; pero como este último había enviado poco antes un folleto á Inglaterra que en corto tiempo vió tres ediciones, cosa extraordinaria en aquella época, declaróse un movimiento vigoroso de emigración. La sociedad concesionaria del territorio decidió trasladar la dirección á la Nueva Inglaterra y nombró gobernador á Juan Winthrop, el cual en 1630 marchó á su destino con 17 buques y mil quinientos emigrantes. Allí encontró en tristísimo estado y muy reducidos á los colonos que en número de 300 le habían precedido, como hemos dicho, en dos expediciones. Hasta el mes de diciembre sucumbieron otros 200 al rigor de las enfermedades, privaciones y fatigas, y un centenar se reembarcó para Inglaterra; pero nada de esto desanimó á los tenaces puritanos, que recibieron en el año siguiente un nuevo refuerzo de 90 correligionarios y otro de 250 en 1632. En 1631 había decidido la colonia que solo los miembros de la Iglesia puritana gozarían del derecho electoral y de voto en la asamblea; en 1632 resolvieron que el gobernador y sus auxiliares fuesen renovados cada año, y que cada ciudad, es decir, cada caserío, enviara dos diputados á la asamblea, convocada para tomar acuerdos relativos á una contribución.

Esta colonia de Salem entró luego en relaciones amistosas con la de Nueva Plymouth é igualmente con los holandeses establecidos á orillas del Hudson. Con esto recibieron provisiones, y las buenas noticias que de la colonia llegaron á Inglaterra llamaron nuevos emigrantes. En 1633 entraron 200, y al año siguiente se contaron 380 electores en Salem y se introdujo para evitar errores el sistema de votar por bolas blancas ó negras, decidiendo todas las cuestiones la mayoría de votos. Sin la aprobación de la asamblea no podían exigirse impuestos, y despues de diez años de debates empeñados, desde 1634 hasta 1644, se introdujo en la colonia el sistema de dos cuerpos legislativos. La elección del gobernador y de los funcionarios principales á sus órdenes correspondía á la asamblea de los representantes de los distritos.

El lazo que á todos estos colonos unía no era en esta colonia, como en la de Maryland, la libertad, sino la unidad religiosa. Los colonizadores de la Nueva Inglaterra habían llevado de su patria su odio á los papistas y á la Iglesia an-